

IX CONCURSO DE MICRORRELATOS CÍRCULO CULTURAL BEZMILIANA
EDICIÓN DICIEMBRE 2024

Microrrelato GANADOR

LIBERADA | Jesús Navarro Lahera, de Madrid

Estaba harta de los **cuidados** que me exigía, de sus sueños inquietos y de que nos acostáramos antes que los búhos. Al principio era diferente, aunque suene a paradoja, con él me sentía viva, pero llevaba una temporada de lo más quisquilloso. No hacía más que quejarse por todo. Y es que ya no quedaba nada de ese espíritu indómito, de ese ser fuerte, agresivo y sanguinario que me hizo suya allá a finales del **pleistoceno**.

Así que anoche, cuando como de costumbre se quedó dormido bien temprano, me levanté y, tras comprobar que no había amanecido, le dije: «**hasta aquí llegamos, gracias por tanto**». Luego, no sin esfuerzo, lo llevé a lo alto de la Torre del Cantal, para que el solazo le dejara hecho un churrasco tan pronto le sobreviniera uno de esos **despertares** a destiempo con los que abría a patadas la tapa de nuestro ataúd.

Microrrelatos FINALISTAS (3)

DIGNIDAD HASTA LA MUERTE | Alberto Benito Fernández, de Madrid

Eres lo más parecido a un ángel. Estos últimos años, postrado en mi cama, he tenido tiempo de valorar lo bien que me has tratado desde que caí enfermo. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Gracias a tus **cuidados**, mis **despertares** han sido tranquilos, y eso era lo que necesitaba cada mañana, por encima de todo lo demás. No negaré que también he aprendido mucho a tu lado. Has mimado mi cuerpo y mi mente. Tu manera de compartir esa pasión por la Historia me ha permitido viajar con la imaginación al Imperio Romano, a la Edad Media o incluso al **Pleistoceno**, sin salir de Benagalbón.

Pero mi enfermedad ha llegado a su fase terminal, con dolores insoportables. Hoy finaliza, de manera consciente y deseada, mi camino en esta vida. **Hasta aquí llegamos, gracias por tanto.**

No necesitaré flores para honrar mi memoria, solo que alimentes la llama de mi recuerdo.

DONDE MUEREN LOS RECUERDOS | Astrid Abele Farfán, de Lima (Perú)

Elena miraba el mar desde la soledad de su casa en Torre de Benagalbón. Allí, entre olas y espuma, buscaba un eco de lo que perdió. Había pasado un año desde que su hijo desapareció en aquel naufragio, pero las aguas seguían devolviéndole solo silencio.

Una tarde, encontró entre las rocas un fósil del **Pleistoceno**. Era una vida petrificada, inmortal, mientras su hijo era apenas un recuerdo que el viento se empeñaba en borrar. Lo sostuvo entre sus manos con ternura, como si aquel fragmento de eternidad pudiera aliviar su pena.

“**Hasta aquí llegamos, gracias por tanto**”, susurró al viento, dejando el fósil en su lugar. Sabía que la memoria requería **cuidados**, pero también aprender a dejar ir. Se marchó lentamente, mientras el horizonte enrojecía, y las olas susurraban sus propios **despertares** al vacío.

SU VIDA EN MÍ | Enrique Ariza Bogallo, de Sevilla

Esa fue la noche que aprendí que el silencio sonaba muy fuerte, ensordecedor.

La playa de Rincón de la Victoria se llenaba de ecos mudos. Mi padre decía que el silencio traía **despertares**, pero yo sabía que lo aterraba. Lo enfrentaba con palabras o cantos ancestrales, como si pudiera exorcizar lo que cargaba desde el **Pleistoceno** de su memoria.

El viejo cayuco que nos llevó hasta allí reposaba ahora vacío en la arena. Mi padre también yacía, con la muerte reflejada en su rostro. Habíamos huido por mar buscando vida, y en el trayecto me la entregó toda. Todos sus **cuidados**, su fuerza, su aliento, hasta quedarse sin nada.

Cuando lo cubrieron con una manta roja, sus labios apenas susurraron: **hasta aquí llegamos, gracias por tanto**.

Las sirenas azules desgarraron la noche, pero yo ya no las escuchaba. Solo quedaba el eco del silencio. Y él, en mí, para siempre.
